



Mercedes Gómez Bleza:

Breve historia

En Roma, entre el 15 y el 16 de diciembre de 2004 se realizó el Congreso Internacional de Historia del Arte más interesantes del siglo XX: La filósofa española María Zambrano. Aquí reproducimos L

En uno de los capítulos centrales de *El hombre y lo divino*, "El trato con lo divino: la piedad", Zambrano nos traza, a grandes líneas y de una manera muy fragmentaria, una breve historia de la Piedad, desarrollada más ampliamente en los capítulos I y III de esta obra, que, junto al capítulo II, formaban la versión originaria de *El hombre y lo divino*, edición que fue ampliada por nuestra autora en 1973, con los capítulos IV y V de la versión actual. Esto nos da pie para afirmar que el verdadero núcleo temático de todo este libro es, justamente, la historia de la Piedad, es decir, la historia de los diferentes modos que ha tenido el hombre de tratar con "lo otro", con esa realidad "sagrada", enigmática y hermética que experimenta como "resistencia", como "contravoluntad", como aquello que no es reducible al sujeto, como lo siempre distinto a él. El trato con esa realidad ha sido siempre problemático. De hecho, Zambrano lo concibe como una interminable e irreconciliable dialéctica entre el hombre y lo "sagrado", que ha determinado no sólo las diferentes concepciones ontológicas y lógicas que se han sucedido en nuestra cultura, sino también los diferentes proyectos antropológicos que se han ido sustituyendo, a lo largo de la historia, en Occidente. En definitiva, del trato del hombre con esa realidad sagrada depende absolutamente todo, desde nuestra forma de concebir el ser y el conocimiento hasta la forma o imagen con la que el hombre se concibe a sí mismo.

Esta dialéctica entre el hombre y lo sagrado diseña dos procesos que, aunque inversos, corren paralelos y se implican mutuamente. El primero de ellos, protagonizado por el hombre, lo podemos resumir como un "proceso de profanación de lo sagrado", marcado por el intento humano de crear un orden dentro de la realidad caótica primigenia, orden que permita, a su vez, un espacio propio, un espacio profano en el que ponerse a salvo de la resistencia angustiosa que ofrece esta realidad sagrada. Este proceso de profanación lo llama también nuestra autora proceso de "deificación del hombre", en tanto que en él el ser humano busca apropiarse de las características de lo divino, esto es, de una existencia propia e independiente.

El segundo proceso lo protagoniza el otro elemento de la disputa, la realidad sagrada, que se opone y se resiste al anhelo de ser e independencia del hombre, y, para ello, va creando también sus propias argucias, con las que intenta desbaratar la esperanza humana de un proyecto propio. Este proceso de "sacralización" supone un intento de regreso al "caos", a esa indistinción y comunión primera en la que el hombre se experimentaba como partícipe de lo real, sin que sus diferencias con la alteridad fueran sentidas como relaciones de oposición, sino de participación. La vuelta a esta unidad originaria no ha de interpretarse, ingenuamente, como una vuelta al Paraíso o a una supuesta "Edad de Oro". Más bien Zambrano la interpreta como la recuperación de la originaria forma de relación del hombre con lo real, relación fundamentada en la participación y no en la exclusión de "lo otro". Este proceso, si llegara a culminarse, supondría la superación de la concepción metafísica del ser como unidad e identidad (concepción que lleva implícita una violenta destrucción de la alteridad), por una nueva concepción del ser como heterogeneidad, derivada de un nuevo concepto de razón, no excluyente, sino mediador entre el hombre y lo real, una "razón piadosa" o "mediadora" que permita la participación poética de aquello que nos ofrece resistencia.

La alternancia de estos dos procesos contrarios marca el desarrollo de nuestra cultura, según nuestra autora. Es más, la historia de Occidente puede ser interpretada como las diferentes fases que atraviesa este doble proceso, como los diferentes momentos de profanación y sacralización que se han alternado en la cultura occidental desde sus mismos inicios. Concretamente, Zambrano diferencia tres grandes etapas en este problemático trato del hombre con "lo otro", tres momentos distintos de la Piedad: la Piedad Antigua o Vieja Piedad, la Nueva Piedad y el eclipse de la Piedad. Veámoslas con más detenimiento.



A. La Piedad Antigua

La primera forma de la Piedad, es decir, la primera forma de trato del hombre con la realidad sagrada es el sacrificio con el que se inicia la primitiva religión griega. Esta religión, según Zambrano, cifra su originalidad en el hecho de no estar fundamentada en una revelación, sino en habersa iniciado, ante todo, como una forma de culto. La necesidad del sacrificio en el hombre nace de su deseo de aplacar la angustia que experimenta ante el carácter hermético y enigmático de la realidad que tiene en torno. Pues, en contra de lo que se suele suponer, la realidad no es experimentada originariamente por el hombre como ausencia o falta, sino como exceso, como plenitud que agobia, por impedir la existencia de un espacio vacío en el que el hombre se pueda mover libremente. En esa primigenia y excesiva realidad, el hombre se siente cercado y observado, sin saber por quién. Su vida depende de una instancia superior que lo sobrepasa y que desconoce y que genera en el ser humano un terrible terror, que se manifiesta bajo la forma de un "delirio persecutorio".

En el principio era el delirio; quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver. Que tal es el comienzo del delirio persecutorio: la presencia inexorable de una instancia superior a nuestra vida que encubre la realidad y que no nos es visible. Es sentirse mirado no pudiendo ver a quien nos mira.

Jesús Moreno, en su enjundiosa introducción a *El hombre y lo divino*, ha sabido ver en este "delirio persecutorio" un paralelismo con ese misterio fascinante del que habla Rudolph Otto en *Lo santo*, un misterio que, al mismo tiempo que atrae, espanta, da miedo, aterra. La relación inicial, por tanto, del hombre con lo sagrado no se da cifrada en la razón, sino en el delirio, en esta angustia provocada por el ocultamiento de "lo otro", una angustia que lleva acompañada, a su vez, la esperanza de la desocultación de aquel que nos mira, de la aparición y figuración del Deus absconditus, esperanza que mueve a la "acción sagrada" por excelencia, el sacrificio, mediante el cual el hombre busca provocar una "hierofanía", la manifestación de lo sagrado a través de la figura de un dios al que poder increpar y lanzar nuestras quejas y súplicas. La significación del sacrificio es, precisamente, ésta: la de buscar un pacto con esa realidad oculta que aplaque el delirio persecutorio, un pacto a través del cual el hombre entrega una serie de ofrendas a esa realidad desconocida a cambio de que esta haga acto de presencia, de que se muestre.

La primera relación que vemos así entre el hombre y la realidad es la de alimentarse y servir de alimento. Ofrecerse para rescatarse. Aplacar por la ofrenda el peligro de ser devorado, para obtener su primera porción de ser.

Buscaba el hombre, por tanto, a través del sacrificio, hacerse un hueco o vacío en la realidad plena, vacío en el que poder delimitar su propio espacio vital, en el que sentirse, momentáneamente, a salvo del agobio y la resistencia de la realidad. Como muy bien ha destacado Leonardo Cammarano en su artículo "Muerte y resurrección de lo sagrado", el espacio vital humano nace como fruto de una sustracción a esa realidad plena, nace como una salida de la misma para fundar una nueva realidad que luego será tomada como verdadera. "El sacrificio -advierte Zambrano- indica no ya, como se suele creer, la voluntad de entrar en la realidad, sino al contrario, y precisamente, una voluntad de salir de ella, evadiéndose al fin del entorno colmado que le rodeaba en su situación primordial".

La independencia del hombre sólo es posible por la presencia de los dioses, por la aparición de un rostro con quien identificar a aquella instancia superior que nos mira. Esta presencia otorga una cierta tranquilidad al ánimo humano, placadora del originario terror persecutorio; supone un momento de tregua en la lucha contra la realidad enigmática, tregua en la que el hombre comienza ya a negociar con los dioses su propio destino, pues sabe que si ofrece lo más preciado en sus ritos sacrificiales, mantendrá a la divinidad de su parte. A través del sacrificio, interviene, de alguna manera, en el rumbo de su vida futura, lo que supone un tímido comienzo del ejercicio de su libertad. Por ello, dirá Zambrano que el tránsito de lo sagrado a lo divino que tiene lugar en Grecia con la configuración de los dioses olímpicos supone, a su vez, el inicio del mundo profano, del mundo propiamente humano, que se irá constituyendo en un continuado proceso de independencia de lo divino: "La presencia de los dioses pone una cierta claridad en la diversidad de la realidad ya existente desde el mundo sagrado más primitivo y paradójicamente permite que vaya surgiendo el mundo profano". Como vemos, el hombre para comenzar a conquistar su "lugar" necesita de la ayuda de la divinidad. El espacio profano nace de la seguridad que otorga al hombre la presencia de lo divino. Nuestra autora, en un verdadero ejercicio dialéctico, hace nacer el espacio profano de su contrario, de la matriz divina: sin dioses, el hombre no hubiera podido dar comienzo a su historia.

De ahí que el saber que se corresponde con esta primer forma de Piedad, simbolizada en el sacrificio, sea la poesía, pues las cosmogonías de Homero y Hesíodo suponen el originario modo de revelación del mundo sagrado, el primer intento de dotar de un cierto orden y figura a la realidad hermética. Estos primeros poetas, inspirados por los dioses, entablan un verdadero trato con "lo otro", con esa realidad sagrada, transfigurada ahora en las divinidades del Olimpo. Zambrano señala la tragedia griega como la culminación